

ESCRITURA DE LOS ESCLAVOS DE LA TIERRA

Domingo Rodríguez Rojas



Ediciones Baile del Sol



Apdo. Correos, 133. 38280 Tegueste Tenerife. ISLAS CANARIAS
<http://www.bailedelsol.org> - E-Mail: bailesol@idecnet.com

PRÓLOGO

LA AÑORANZA DE LOS POBRES

Dice mucha verdad el autor de este libro, y es una realidad triste y ampliamente compartida, cuando manifiesta:

*«Somos esclavos de la tierra
somos en alfabetos
pero nos faltaron los estudios
para ser buenos talentos».*

¿Cómo es posible que alguien que se consideraba esclavo de la tierra sintiera tanto amor por su pequeño valle y añoranza por lo que hubo y conoció? Lo entenderemos perfectamente procediendo a la lectura de este elocuente, aportativo y pequeño libro.

En este relato se encierran las Memorias de D. Domingo Rodríguez Rojas, escritas en una etapa de calma y sosiego, lo que sólo fue posible después de haber cumplido los setenta y ocho años, es decir, tras haber recorrido el duro camino de su propia existencia.

Nació, fue criado y vivió en Las Carboneras: *«Municipio La Laguna parroquia Santo Domingo»*. Tuvo una infancia dura, pasando fríos y penas descalzas, cultivando algunos pedacitos, criando cabras y haciendo carbón. De esa época perduró el recuerdo de su sacrificada y enternecedora Madre:

*«Naciste para sufrir
y para pasar penas
por que toda tu vida
Siempre as estado llena».*

A pesar de no haber tenido escuela, porque no la hubo en Las Carboneras: *«... fui cabo del ejército Español por orden del ministerio de la guerra»*. Tras esa fase, compaginó el trabajo de la tierra con las ofertas laborales, muy diversas, que se le fueron presentando a lo largo de los años, siempre como necesario complemento: *«e tenido que trabajar en lo que me hiba saliendo para poder comer»*. Su primer infarto, en 1970, supuso un fuerte impacto personal y familiar:

«el chico lo quité del trabajo para hacer la agricultura la que le sigue a trabajar a una casa la más pequeña tenía 11 años la quité de la escuela para cuidar dos o tres cabras haver si podía ir escapando ganar para las medicinas».

La artesanía fue la ocupación de los últimos años de una vida que no quería para nadie:

«Y para despedirme no le deseo mala vida a nadie, es decir no le deseo la vida que yo e pasado a los 72 años no bevisto una Escuela».

La figura de D. Domingo Rodríguez encajaba perfectamente en lo que ha sido la dura razón de ser y existir del campesino isleño, abandonado y olvidado por todas las autoridades gubernamentales, sometido a la acción caciquil y a graves situaciones infraestructurales: *«en las Carboneras antes todo el mundo en el campo chicos y grandes... pordesgracia ni una escuela»*. Ahora bien, en el escenario de los habitantes de Anaga también pesó, y mucho, el factor de la distancia y el hecho de vivir en unos valles escarpados, dificultosos: *«... por que la agricultura entre nosotros es muy dura pero muy dura por que las Carboneras tienen mucha agricultura y todo lejos y todo a ombro»*.

Dios (los Santos, las Vírgenes) fue el único apoyo que tuvieron, también el primero y el último (*«hasta que Dios quiera y ordene ... y hací a ido escapando dándole gracias a Dios»*). Pero a pesar de la total ausencia de ayudas (por parte de las instituciones canarias, españo-

las o europeas, como acaece hoy) se sembraba en su totalidad la «tierra vendita» del Valle de Las Carboneras, regocijado con los cultivos de cereales, papas, viña, frutales, ñames... La ganadería fue otra de las actividades destacadas, esencialmente rebaños de cabras con aprovechamiento vertical de los pastos, según las estaciones, e importante presencia del ganado vacuno:

«Que me acuerdo de ver hasta dieciocho juntas trillando en lo que hoy es la plasa de San Isidro (antes allí había una era)».

La leche y el queso, al hombro o a la cabeza según sexos, se iba a mercar a La Laguna. Lo mismo que el carbón, constituyendo su elaboración una de las actividades secundarias acometidas, junto a otras de sentido más doméstico como pudieron ser la apicultura y la pesca. Hombres y mujeres se trasladaban durante una o dos semanas a La Fajana, durmiendo en cuevas, dedicándose los varones a pescar y las mujeres a mariscar y a hacer la comida. Pero esto es sólo un recuerdo, lo mismo que la tradicional ocupación agropastoril. De este modo tan claro, como sabe hacerlo la gente del campo, lo relata D. Domingo:

«Tanto y tanto como producía este valle de las carboneras de mar a cumbre y no se siembran más que cuatro papas alrededor de las casas».

«... hasta que terminó las faenas del trigo que no se siembra ni un grano».

«hoy no existe ni un veserro ni tampoco un rebaño de cabras no se si llegará a 20 o treinta en todo el valle».

Como ocurre en otros tantos parajes de las islas, hoy cuentan con ayudas, pero han retrocedido intensamente o desaparecido los cultivos y los animales. Aburrieron al esclavo de la tierra, quien, secularmente desprotegido, fijó sus ojos en la emigración o en otros sectores laborales: servicios, hostelería...

La marcha de gran parte de la población, sobre todo de los más jóvenes, determinó también la desaparición de viejas y sentidas tradiciones: el prendido de las fogaleras en días señalados del mes de junio o de San Juan, tan imbricado con la actividad agrícola y pastoril; la celebración de los viejos carnavales con su peculiar gastronomía, correr el barco, ranchos de máscaras, parrandas... *«lo cual hoy no existe nada de nada aquí en este Barrio»*. Por todo ello, le agradecemos a D. Domingo Rodríguez Rojas, recientemente fallecido, que sin ningún tipo de complejo las hubiera llevado a cabo.

La huida de la población hacia zonas capitalinas con la consecuente diversificación laboral, determinaron la extinción de grandes valores sociales, tan pródigos en comunidades de campesinos pobres, como fueron el sistema de ayuda mutua o torna peón y la colaboración colectiva que fraguó obras tales como la construcción de la iglesia de San Isidro o la de la pista: *«Ací que todo lo que tenemos a sido con muchos esfuerzos de los vecinos y mucho sudor»*. Como tradicionalmente ha solido ocurrir, primero se proyectó el camino del cielo y, más tarde, el de las necesidades materiales de la vecindad: en 1929 se puso la primera piedra de la iglesia y seis años más tarde, 1935, se inició la *«larga»* e interminable pista.

Los Maestros y Maestras de la Tierra están siempre dispuestos a contar lo que saben. Pero en un territorio en el que se ha prodigado tan poco la investigación etnográfica, muchos de ellos fallecen llevándose todo el caudal de información que atesoran. Son muy pocos los que saben leer y escribir. Y, entre ellos, aun son menos quienes se atreven a escribir sus memorias. Por todo ello, le agradecemos a D. Domingo Rodríguez Rojas, recientemente fallecido, que, sin ningún tipo de complejo las hubiera llevado a cabo.

En el conjunto de su notoria documentación hay dos partes manifiestas.

En la primera de ellas presenta aquellos datos que, movido por su curiosidad, recogió en boca de los mayores (*«según me an con-*

tado los viejos», «según normas de los viejos»). Los ancianos le narraron que el pago de Las Carboneras fue fundado por carboneros del Lomo de Chinamada quienes habitaban en chocitas techadas con paja; fue gente de Chinamada (*«que era el principal de las Montañas»*) la que dio origen a los otros barrios: Los Batanes, Tornero, Bejía, Solís y El Peladero...: *«y hací la gente fue emigrando a otros sitios huyendo al ambre así a otros mandó para cuba Monte video».* Y que la iglesia de La Cruz del Carmen la levantaron los vecinos de Las Carboneras, Chinamada y Los Batanes *«por que antes hera un solo mandato un solo alcalde».*

Y hay un deseo de relatar hechos que él conoció a lo largo de su andadura vital, la de un hombre curioso, interesado en rememorar, mediante el recurso de la escritura, aspectos que consideró importantes, en ocasiones la única información que poseemos sobre los mismos. Ofrece datos sobre Las Carboneras: sus orígenes de casas pajizas, la elaboración y uso posterior de tejas, de sus personajes más sobresalientes y de qué modo y por qué razón disminuyó su población: *«el pueblo de las Carboneras que llegó a tener 68 cabezas de familia Lo cual hay poco más de la mita por que la gente a dejado la agricultura y se a ido a trabajar».* Asuntos de implicación colectiva, la adquisición que hicieron treinta vecinas de la Virgen de la Milagrosa que se llevaba por las distintas casas y que costó sesenta pesetas, dos por familia: *«recuerdo que mi madre decía que no tenía más que esas dos pesetas».* Tal cosa sucedió el año 1924 ó 1925; posiblemente, el sacrificio determinó que algunos años después, 1930 y 1935, el Dios del cielo, con la colaboración y el trabajo humano, les otorgara, respectivamente, la iglesia de San Isidro y la pista. Un año antes de la construcción del templo, el obispo Fray Albino —pensamos que fuertemente impresionado por todo lo que contempló— prometió a los habitantes de Las Carboneras la campana y la imagen de San Isidro en cuya fiesta *«se veía el ganado de todos los alrededores y los grandes días de agua».*

Los respectivos especialistas agradecerán al autor de este libro las relaciones que proporciona sobre las viviendas pajizas que él conoció, dando los nombres de sus moradores, en El Lomo de Chinamada y en Las Carboneras; la de rebaños de cabras; de reses vacunas; de quienes eran las cuatro eras que existían en Las Carboneras; siendo muy elocuente el listado de plantas medicinales y de remedios curativos, recurso tradicional y constante en un mundo aislado y marginado, indicando para qué padeceres se utilizaban, el modo en que los preparaban...

Jamás hemos compartido la idea del libro ordenador ni el transformado por correctores profesionales. Un libro debe ser reflejo del alma de su autor. Es conveniente que todo el mundo escriba, para evitar que se olviden los sucesos que se consideren trascendentales. Y que cada uno lo realice como sabe hacerlo. Porque así nos aproximaremos mucho mejor a la auténtica realidad. Por todo ello agradecemos a D. Domingo Rodríguez Rojas el testimonio que con tanta sencillez y naturalidad nos ha ofrecido y enseñado.

Manuel J. Lorenzo Perera.
Director del Aula de Etnografía
de la Universidad de La Laguna.